

# EL CULTO ASTRAL Y LAS DEIDADES MESTIZAS EN LA SEMANA SANTA DE LOS INDIOS DEL OCCIDENTE MEXICANO

Héctor M. Medina Miranda  
Universidad de Salamanca

En la región occidental de México conocida como el Gran Nayar habitan los indios huicholes, coras, mexicanos y tepehuanes. Estos grupos, con sus particularidades, muestran cierta homogeneidad cultural que se expresa principalmente en los ciclos festivos de tipo mitote,<sup>1</sup> versiones contemporáneas de un antiguo complejo ritual americano. En la persistencia de dichas tradiciones fue importante que la región se mantuviese independiente hasta 1722 y, nuevamente, durante varias décadas de la segunda mitad del siglo XIX, bajo el liderazgo del agrarista Manuel Lozada, el “Tigre de Álica”. Estos grupos indios también comparten algunas celebraciones de origen europeo, que conforman un ciclo ritual independiente. La más destacada es la Semana Santa, la cual ha sido adaptada a la lógica cultural nativa.

Sabemos que antes de la conquista del Gran Nayar, los indígenas ya habían asimilado la figura de Cristo sin la presión de los misioneros. Joseph de Ortega, quien llegó a la región entorno a 1727, mencionaba con sorpresa que “Era ya antiguo en los Nayares llamar a los Crucifijos con el nombre de Cuanamoa [...]”. Y agregaba “[...] que apenas les predicábamos cosa alguna de Cristo, que no les hubieran contado sus abuelos de Cuanamoa”<sup>2</sup>. En otra parte, el misionero jesuita señala que los indios coras habían introducido la vida de Cristo en su mitología, atribuyéndole la creación de nuevas tecnologías y actividades económicas:

“El otro ídolo que cumplía el ternario de la afectuosa especial adoración de los Nayeritas, era el Quanamoa, a quien veneraban por su Redemptor, por haverles (según dezian) socorrido, no solo en la falta de lumbre, que antes padecian, sino en la de otras cosas, como los calzonas, sombreros, hachas, machetes, cazos, y eslabones, de que les

proveyó. Mas ingratos a tantos beneficios los mismos favorecidos le prendieron, y pusieron en una Cruz, en que murió, y desde donde habiendo resucitado a vista de sus mismos perseguidores, subió a los Cielos con grande ruido de Chirimias, y de otros musicos instrumentos; por lo que le veneraban en dos flechas, una cerca de la laguna de Santiago, y otra arriba de la Mesa, en donde le fabricaron Templos”<sup>3</sup>.

El trabajo etnográfico en la región nos ha permitido comprobar que esta asociación entre la figura de Cristo y los elementos de origen europeo sigue vigente en el pensamiento nativo. Asimismo, hemos observado que la mitología identifica a Cristo con el Sol y el planeta Venus, una deidad cambiante que adquiere personalidades distintas de acuerdo con las transformaciones cíclicas de dichos astros. En ocasiones, representa a los héroes culturales que crearon las tradiciones indígenas, en otras, es la deidad transgresora de las que descienden los no indios. Esa ambivalencia se hace más evidente en la celebración de la Semana Santa y los relatos mitológicos asociados con ella, mostrándonos la manera en que a través de un culto astral se define el *ethos* cultural en contraste con su alteridad. La celebración varía entre los grupos étnicos de la región e, incluso, entre las comunidades que pertenecen a cada uno de estos, no obstante, todos coinciden en los aspectos simbólicos antes mencionados.

Entre los huicholes de Durango, la celebración de la Semana Santa comienza el Jueves Santo, cuando un grupo de varones jóvenes, a los que llaman “judíos”, ocupa la casa de gobierno. Ahí, sobre el suelo, colocan de manera horizontal un crucifijo, un lienzo con la imagen de la virgen de Guadalupe y las varas de mando, las

<sup>1</sup> Véase NEURATH, *Las fiestas de la Casa Grande...*, p. 81.

<sup>2</sup> ORTEGA, 1732, *apud* CALVO Y JAUREGUI, p. XXVI

<sup>3</sup> ORTEGA, “Libro I. Maravillosa reduccion, y Conquifita...”, p. 14.



Los judíos huicholes en uno de sus recorridos por los caminos, Bancos de Calítique, Durango.  
Fotografía: Héctor. M. Medina Miranda

cuales aseguran son el corazón del Sol. A partir de ese momento se asume que los “santitos” y los bastones de mando han muerto en manos de los judíos, quienes toman el poder de la comunidad.

Durante la celebración, los judíos recorren las calles del poblado y los caminos principales portando una sable de madera y una flauta, ambos teñidos de negro. Su propósito es asegurarse de que nadie infrinja las normas de la celebración: está prohibido mantener relaciones sexuales, escuchar música, bailar, ingerir bebidas alcohólicas y andar por los caminos. El líder de los judíos es un hombre al que llaman “capitán” y porta una máscara negra de madera con bigote y barba larga, destacando su personalidad criolla-mestiza. En sus manos lleva un látigo con el que castiga a los judíos que se rezagan o rompen filas. Al frente del contingente camina el cabo y a mitad de la fila va el tamborilero quien marca el ritmo al que marchan y tocan las flautas. De esta manera, visita todas las casas de la comunidad para pedir dinero, que emplearán para el baile que se realiza al concluir la celebración.

Los judíos evocan la oscuridad que produce la muerte del astro diurno, así lo evidencian sus cuerpos teñidos de negro, sobre los que también suelen dibujar algunos puntos negros representando las estrellas. Para los huicholes, el Sol muere al ocultarse por el poniente, se transforma en un personaje trasgresor y recorre el inframundo para renacer en el oriente recuperando la personalidad anterior. La noche se identifica con el origen mítico, antes de que los ancestros deificados crearan el

universo, y la actividad ritual permite retornar a aquel momento.

Según la mitología huichola, antes del amanecer de los tiempos, la virgen de Guadalupe tuvo un hijo llamado Nazareno. El niño creció muy rápido y cometió incesto. Los judíos al enterarse se enfurecieron y buscaron a Cristo para matarlo. Nazareno huyó y en la persecución enseñó a los “gringos” a hacer fábricas y dólares; a los mexicanos les enseñó a tocar la música de mariachi, y así poder ganar dinero. Después se fue a la sierra huichola, pero ya estaba muy cansado y no pudo hacer muchas cosas, sólo instituyó las celebraciones para su culto<sup>4</sup>. En otros relatos míticos se dice que fue santo Santiago quien apuñaló a Cristo en el desierto de San Luis Potosí, produciendo la herida en el costado y las llagas en las extremidades. La sangre al caer al suelo se transformó en la plata de la región minera de Real de Catorce<sup>5</sup>.

Al morir el astro diurno y transformarse en el Sol nocturno se tornan preponderantes los atributos de las deidades *teiwari* (huichol: “vecinos”, “mestizos” o “extranjeros”), que propician el enriquecimiento personal a partir de los elementos no indios. De manera que, mientras las imágenes católicas están tendidas en el suelo, los huicholes acuden a realizar ofrendas para solicitarles éxito en las actividades de carácter capitalista e individualista, como la ganadería, la música mariachera, el comercio y la política. Una de las principales manifestaciones del Sol nocturno es Tamatsi Teiwari Yuawi, “Nuestro Hermano Mayor el Mestizo Azul” también conocido como el “Charro Negro”, que se identifica con el planeta Venus en su faceta de estrella de la tarde.

El áter ego luminoso de Teiwari Yuawi es Tamatsi Kauyumari, héroe cultural huichol que se identifica con Venus en su faceta de estrella de la mañana y con el Sol diurno. Se trata de un ancestro deificado que sólo fomenta las actividades comunales de subsistencia y reproducción. Se le describe en los mitos como un hombre venado que se transformó en peyote y se le atribuye la creación de los rituales de tipo mitote con los intercambios que le son inherentes. En algunos pasajes de la mitología se relata que Kauyumari creó toda clase de ganados, incluidos los que fueron llevados a América por los europeos, así como las nuevas tecnologías. No obstante, el héroe huichol no pudo aprovechar sus invenciones y se las legó a Teiwari Yuawi, el “Charro Negro” que supo explotar la ganadería y emplear los productos tecnológicos<sup>6</sup>.

Por lo general, se considera que los huicholes descienden de Kauyumari, quien también suele aparecer como el primer sembrador bajo el nombre de Tumuxawe

<sup>4</sup> NEURATH Y GUTIÉRREZ. “Mitología y literatura del Gran Nayar...”, pp. 334-335.

<sup>5</sup> MEDINA, *Las andanzas de los dioses...*, pp. 71-72, 88; *ibidem*, “El ancestro trasgresor...”, p. 273.

<sup>6</sup> MEDINA, *Las andanzas de los dioses...*, pp. 113-123.

o Watakame; mientras que los no indios descienden de los dioses *teiwari*, entre los que se encuentran los “santitos”. Así, el astro diurno y la estrella de la mañana representa los valores supremos de los indígenas, sintetizados en las celebraciones rituales de tipo mitote y los principios de reciprocidad que conllevan; mientras que la estrella de la tarde se asocia con la alteridad criolla-mestiza, portadora de unos valores devaluados por la tradición nativa: las actividades capitalistas e individualistas.

La supremacía de los aspectos asociados con el astro diurno se expresa ritualmente en la última parte de la celebración de la Semana Santa. El Sábado Santo Los judíos se dividen en dos grupos y combaten con sus espadas. Posteriormente, aparece un personaje al que llaman Garrabás quien, armado con unas ramas verdes, vence a los judíos. Garrabás representa a la estrella de la mañana que, según las creencias, en el alba mata a todas las estrellas para permitir que el Sol emerja triunfante del inframundo. Tras el combate, los hombres del contingente negro lavan sus cuerpos fuera del poblado y al regresar queman a Judas, una figura humana de paja que dicen es el padre de los judíos.

En la Semana Santa de los indios coras también aparece un ejército de judíos negros, que buscan al Nazareno para matarlo por cometer incesto. El Viernes Santo tiene lugar la captura de Cristo, representado por una figura antropomorfa de cera de 35 centímetros de altura con sombrero de charro y unas cananias plateadas cruzando su pecho. La figura lleva bigote, barba y melena larga. En la mano derecha enarbolaba un sable y con la izquierda presume un falo descomunal. Sin duda, el Nazareno se muestra como un criollo o mestizo, así lo denuncia el sombrero charro y la prolongada barba<sup>7</sup>. Los judíos recorren el poblado preguntando por la escultura y, cuando finalmente la encuentran, la golpean con sus sables hasta convertirla en una masa informe.

La figura del Nazareno charro que aparece en la celebración cora se identifica con la estrella de la tarde y existe una narración que describe el incesto cometido, muy similar al registrado entre los huicholes de Durango<sup>8</sup>. Además, contamos con un mito documentado por Konrad Theodor Preuss, el cual da cuenta del cambio de personalidad de Venus, tras violar la abstinencia sexual. Según la narración, los hermanos estrella de la mañana (Hatsikan) y estrella de la tarde (Sautari) realizan una carrera y en el trayecto el mayor tiene relaciones sexuales con una joven. Por esta transgresión, el hermano mayor Hatsikan es degradado, perdiendo su primogenitura y cambiando su lugar con el hermano menor. Así, la estrella de la mañana se convierte en la estrella de la tarde y viceversa<sup>9</sup>. Este relato resulta muy ilustrativo, ya que la fiesta culmina con el renacimiento del hijo de la virgen de Guadalupe,



El capitán de los judíos, Bancos de Calítique, Durango. Fotografía: Héctor. M. Medina Miranda

pero con una personalidad distinta, asociada a la estrella de la mañana y al Sol diurno.

Carl Lumholtz, en su célebre obra *El México Desconocido*, recoge otro mito cora que describe la doble personalidad del planeta Venus: como indio humilde y como charro acaudalado. El relato cuenta que la estrella de la mañana era pobre y los ricos no le querían, aunque con el tiempo le cobraron aprecio y lo invitaban a comer. Asistía a los convites vestido como “vecino” o “mestizo”, pero una vez asistió casi desnudo, como acostumbraban los indios. Al llegar a la casa donde tendría lugar la comida, el dueño no lo reconoció y lo echó a gritos, quemándole los brazos y las piernas con una tea de ocote. Al día siguiente recibió otra invitación a comer con los “vecinos”. Esta vez se transformó en un hombre barbado de tez blanca y se vistió de charro. Llegó en un buen caballo, con fino sarape al hombro, sable al lado y sombrero ancho. Los anfitriones lo recibieron y lo condujeron a una mesa con ricos alimentos. El invitado tomó una pieza de pan y comenzó a frotarse con ella los brazos y las piernas. Los asistentes sorprendidos le preguntaron por qué hacía eso y él respondió:

*“Ustedes no quieren que sea mi corazón el que coma, sino mi vestido. ¡Miren! Anoche era yo el que se acercó a la puerta. El*

<sup>7</sup> JÁUREGUI, p. 266.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 264.

<sup>9</sup> PREUSS, *Die Nayarit-Expedition...*, pp. 163-166.

*hombre que salió a verme, me quemó con su cocote y me dijo: Indio puerco, ¿qué quieres aquí?”.*

“Pero, ¿era usted?” [sic.] le preguntaron.

“Sí, señores, era yo. Como nada me dieron ayer, veo que no soy yo a quienes ustedes quieren dar de comer, sino a mi vestido, y a mi vestido le daré todo”. Y tomó el chocolate y el café, y se los vació encima como si fuesen agua; hizo pedazos el pan y se estregó con ellos la ropa. El arroz en leche, el arroz con pollo, el atole dulce, la carne con chile, el dulce de arroz, el caldo de vaca, todo se lo echó encima. Los ricos estaban asustados y le decían que no lo habían conocido. “Ustedes me quemaron ayer porque era indio”, les dijo. “Dios me ha hecho indio en el mundo. Pero ustedes no hacen caso de los indios porque andan desnudos y son feos”. Tomó el resto de la comida para echarla sobre el caballo y la silla, y se fue<sup>10</sup>.

Estos mitos tienen como principio la observación de las transformaciones cíclicas que sufre el planeta Venus, que por un periodo es visible en el alba y durante otro en el crepúsculo. Este cambio se considera análogo al que sufre el Cristo-Sol, que es visible durante el día y la época seca e invisible durante la noche y la época de lluvias. De manera que el Sol nocturno y la estrella de la tarde, a quienes se rinde culto en la Semana Santa, son identificados con un charro negro, caracterizado por su capacidad genésica desenfadada y asociado con el mundo mestizo y la riqueza económica. Su fertilidad se compara a la de la época de lluvias, momento en el que los agricultores penetran la tierra con su bastón sembrador (coa) para preñar a la “madre tierra” con los granos de maíz<sup>11</sup>.

Entre los mexicanos, la Semana Santa no se celebra con una Judea, aunque, al parecer, en el pasado era parte de la tradición.<sup>12</sup> Tampoco se presentan alusiones muy claras a la estrella de la mañana durante el festejo. No obstante, es evidente la asociación de Cristo con el Sol, así como su transformación en un personaje transgresor de rasgos mestizos. Según los mexicanos de San Pedro Jícoras, antes del nacimiento de Jesús, el mundo era húmedo y blando, los animales eran gente, los cerros eran animales y los mestizos eran diablos. Con el nacimiento de Cristo-Sol, el mundo adquirió solidez. Entonces, en palabras de un anciano de la comunidad, “los indios veían que el niño estaba entre mierda, lleno de moscas. Pero todo era oro y los mestizos sí pudieron darse cuenta. Ellos lo recogieron y lo vistieron... y eso les tocó. A nosotros los indios nos tocó pura pobreza. Por eso no podemos sacar el oro que hay en los cerros”<sup>13</sup>. Aseguran que por eso los indios tienen una vida más

difícil: deben ayunar, estar benditos y hacer “el costumbre”. Mientras que los mestizos no tienen que ser tan estrictos en el cumplimiento de sus deberes religiosos: “Si el mestizo pide algo, se lo cumplen pronto; el indígena sufre más”<sup>14</sup>.

El ritual exige que sus participantes se encuentren “benditos”. Éste es un estado que se adquiere absteniéndose de consumir bebidas alcohólicas, de tener relaciones sexuales, de enojarse y de bañarse durante la fiesta. Asimismo, deben ayunar hasta el medio día y participar en la ceremonia. Las prácticas de abstinencia, así como los sacrificios de reses, ocupan un lugar primordial. Se cree que el incumplimiento de las obligaciones rituales podría ocasionar que dos cerros —uno ubicado al norte y otro al sur de la comunidad— volvieran a ser toros, como lo fueron en el origen. Entonces chocarían en el centro provocando que el mundo se volcara y se inundara. Lo anterior se dice partiendo de la creencia de que el mundo es circular y flota sobre el mar, idea que comparten con los demás grupos indios del Gran Nayar. De manera que, al voltearse la tierra, el mar ocuparía el lugar del cielo.

En San Pedro Jícoras, el inicio del tiempo ritual lo marcan las campanadas de la iglesia, que desde el Domingo de Ramos hasta el Miércoles Santo sonaran tres veces al día. También se escucha el estampido de los cohetes que convoca a los ensayos de los danzantes. Por la mañana del jueves, el sonido de la campana se sustituye por el de una matraca de madera y ya no se detonarán más cohetes. En el atrio, los hombres esperan tocando unas flautas de carrizo. Al aparecer los primeros rayos de sol, la gente se reúne en la iglesia, cubren a todos los santos y bajan a Cristo de la Cruz. Lo colocan sobre un petate y lo cubren con unas mantas blancas, como suelen hacerlo con los muertos. Las personas que están “benditas” esperan su turno para arrodillarse frente a la imagen, persignarse a su manera, ofrendar velas o flores y dejar algunas monedas bajo las mantas. Este tipo de ofrendas se realizan continuamente hasta el sábado por la mañana. Durante la noche del jueves y viernes la gente se reúne en la iglesia para velar a Cristo, procurando permanecer despierta. Cuando alguien se queda dormido, los mexicanos dicen que a éste “le ganó el diablo”.

El sábado por la mañana, descubren la imagen de Cristo, alrededor del cual se han acumulado un buen número de monedas y billetes. La escena recuerda al mito que narra el nacimiento de la deidad en un lecho de oro. En ese momento un conjunto musical con vio-

<sup>10</sup> LUMHOLTZ, *El México desconocido...*, pp. 498-499.

<sup>11</sup> Véase SHELTON, p. 217.

<sup>12</sup> De hecho, PREUSS (“El mito de Cristo y otros mitos solares de los mexicanos...”, pp. 355-367) pudo registrar algunos mitos donde se relata cómo los judíos persiguen a Cristo para matarlo.

<sup>13</sup> Narración de Natividad Reyes Victoriano, San Pedro Jícoras, 2003.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

lón, guitarra y acordeón empieza a tocar *Las Mañanitas*, *Felicidades* y algunos corridos famosos. Detrás de la música se vuelve a escuchar el repiquetear de las campanas y los estallidos de los cohetes. Mientras tanto, los mayordomos visten la imagen de Cristo, la colocan nuevamente en la cruz y la cuelgan en la pared del altar. Entonces aparece el grupo de danzantes, compuesto por dos filas de cinco jóvenes que se desplazan sacudiendo una sonaja y bailando al son de un violín. Una fila es encabezada por un joven al que llaman “el monarca” y la otra por una joven a quien denominan “la malinche”. La labor de los danzantes consiste en acompañar a los mayordomos y autoridades en las distintas procesiones que se realizan hasta el día lunes.

A los danzantes los dirige un hombre al que llaman “El moreno”, Yahuetakatl o Xayakat. Él porta una máscara negra de madera con barba y bigote, los cuales acentúan su carácter mestizo. En las manos lleva un azote corto de ixtle con bolas de cera para acicatear a los danzantes y un bastón de oate. El moreno se identifica con el Sol nocturno durante su paso por el inframundo. En su personalidad destaca la inversión del orden natural de las cosas que remite a los participantes del ritual al origen mítico, antes de que se impusiera el orden imperante. Cuando aparece gasta bromas de carácter sexual a todos los presentes y dice cosas opuestas al sentido común. En algunas ocasiones emplea su bastón como cabalgadura o como un símbolo de autoridad, en otras, lo ostenta como si se tratara de un enorme falo.

La picardía del moreno sube de tono el lunes, cuando tiñe su máscara de rojo y le coloca un par de alambres del mismo color a manera de cuernos. Entonces, se presenta frente al juzgado, donde lo esperan las autoridades. Exige que lo dejen entrar y grita algunos contrasentidos, como que tiene frío bajo el intenso calor del medio día. El alguacil trata de conducirlo al interior, pero el moreno reacciona violentamente. Gastando bromas entra en la habitación y se entrevista con las autoridades, quienes le preguntan el motivo de su presencia. Con su actitud burlesca y agresiva provoca la risa de los mayores e inspira temor a los niños. Tras una larga charla y compartir algunos tragos de alcohol, el moreno aprovecha un descuido de las autoridades y escapa del juzgado corriendo. Posteriormente, el monarca y la malinche empiezan a buscarlo por el poblado. Después de un largo rato consiguen capturarlo y el monarca lo conduce al juzgado tirando de su bastón. Ahí, realizan una danza y al concluir las autoridades dan un discurso agradeciendo el esfuerzo de los mayordomos. En este momento concluye formalmente la celebración, aunque los festejos suelen prolongarse por varios días más.

En la Semana Santa de los poblados tepehuanes aparece un personaje muy semejante al moreno, igualmente es un personaje socarrón con máscara barbada que coordina a los danzantes y representa al Sol nocturno. De hecho, cabe mencionar que buena parte de la población de San Pedro Jícoras es tepehuana, por lo que



Cristo muerto en la Semana Santa de los mexicaneros de San Pedro Jícoras.  
Fotografía: Héctor M. Medina Miranda

no ahondaré más en las variantes de este personaje. Los datos que hemos aportado son suficientes para observar que la Semana Santa entre los grupos indios del Gran Nayar tiene como principio el culto astral. Específicamente, a la faceta oscura del Sol, que en el caso huichol y cora se asocia claramente con la estrella de la tarde. Se trata de una deidad de personalidad cambiante que se relaciona con el inframundo, la fertilidad desenfrenada, el mundo mestizo y la riqueza económica. Frente a estos aspectos, el ritual destaca los valores culturales que otorgan prestigio a los miembros de su comunidad y la iniciación: la abstinencia, los sacrificios rituales y la reciprocidad que se observa en múltiples comidas comunales. Así, se reafirma el *ethos* de estos grupos indígenas, a la vez que crean la posibilidad de pedir a los dioses que proporcionen suerte en las actividades económicas individualistas.

Más aun, rendir culto a las deidades oscuras tiene como principal objetivo garantizar que las lluvias lleguen en el solsticio de verano, cuando el Sol se encuentra cerca de su paso por el cenit. De hecho, en varias comunidades indígenas me han señalado que en la Semana Santa es necesario “castigar a los santitos para que llueva”. La idea general es que el Sol se convierte en la lluvia al llegar a su punto más alto, pero para que ocurra la transformación consideran necesario que el astro diurno muera. La época de las precipitaciones pluviales se asume como un retorno al origen mítico, antes del amanecer de los tiempos, cuando el mundo era húmedo y blando. A partir de entonces, imperara la fertilidad desenfrenada que se le atribuye a las deidades mestizas, la cual es necesaria para el crecimiento de los cultivos. No obstante, los grupos indios trataran de evitar que el caos original se perpetúe, realizando lo rituales correspondientes a la época de cosechas que dan lugar al renacimiento del Sol.

Sin duda, los indígenas del Gran Nayar cargan sobre sus hombros un enorme peso, ya que asumen que de la celebración de los rituales depende la oscilación entre



El moreno con su máscara roja, San Pedro Jícoras, Durango. Fotografía: Héctor. M. Medina Miranda

el día y la noche, así como entre el tiempo de lluvias y la época seca. Consideran que sin ellos el mundo volvería al origen o no llovería más. Podemos decir que en estas tradiciones los rituales no son simples repeticiones de un relato mítico, sino eventos únicos en los que el mundo es recreado. De esta manera, el ritual es un medio para recuperar y reformular el pasado, incorporando en sus tradiciones elementos de origen externo. Además, ofrece la posibilidad de establecer una relación positiva con los no indios, quienes representan la indispensable fertilidad húmeda, así como la riqueza económica y la tecnología. Según el pensamiento nativo, estos elementos fueron otorgados a los mestizos por los ancestros deificados, mientras que a los indígenas sólo les legaron sus tradiciones y la gran carga que representan. A pesar de su oposición, ambos aspectos son esenciales en la continuidad del orden imperante y se sintetizan en la ambivalencia de las deidades, a quienes los indígenas del occidente mexicano se sienten obligados a emular en toda celebración ritual, porque así —aseguran— lo dispusieron los ancestros.

### BIBLIOGRAFÍA

- CALVO, Thomas y Jesús Jáuregui. “Prólogo”. En *Apostólicos afanes de la compañía de Jesús en su provincia de México*. Ed. Francisco Javier Fluviá, S.J. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ INI, 1996, pp. VII-LI.
- JÁUREGUI, Jesús. “El *cha’anaka* de los coras, el *tsikuri* de los huicholes y el *tamoanchan* de los mexicas”. En *Flecha-*

*dores de estrellas*. Eds. Jesús Jáuregui y Johannes Neurath. México: CONACULTA-Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 251-285.

LUMHOLTZ, Carl. *El México desconocido. Cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental; en la tierra caliente de Tepic y Jalisco, y entre los Tarascos de Michoacán*, Vol. I. México: Instituto Nacional Indigenista, 1986 [1902].

MEDINA MIRANDA, Héctor M. *Las andanzas de los dioses continúan: mitología wixarika del sur de Durango*. México: tesis de maestría en antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

—“El ancestro trasgresor: la figura del charro en la mitología de los huicholes de Durango”. En *Conocimiento local, comunicación e interculturalidad. Antropología de Castilla y León e Iberoamérica IX*. Ed. Ángel B. Espina Barrio. Brasil: Instituto de Investigaciones Antropológicas de Castilla y León-Fundação Joaquim Nabuco-Editora Massagana, 2006, pp. 271-276.

NEURATH, Johannes. *Las fiestas de la Casa Grande. Procesos rituales, cosmovisión y estructura social en una comunidad huichola*. México: CONACULTA-Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Universidad de Guadalajara, 2002.

NEURATH, Johannes y GUTIÉRREZ, Arturo. “Mitología y literatura del Gran Nayar (coras y huicholes)”. En *Flechadores de estrellas*. Eds. Jesús Jáuregui y Johannes Neurath. México: CONACULTA-Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Universidad de Guadalajara, 2003, pp. 289-337.

ORTEGA, Joseph de, S. J. “Libro I. Maravillosa reducción, y Conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar, nuevo Reino de Toledo”. En *Apostólicos afanes de la compañía de Jesús en su provincia de México*. Ed. Francisco Javier Fluviá, S.J. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ INI, 1996 [1754], pp. I-223.

PREUSS, Konrad Theodor. *Die Nayarit-Expedition. Textaufnahmen und Beobachtungen unter mexikanischen Indianern, I, Die Religion der Cora-Indianer in Text nebst Wörterbuch Cora-Deutsch*. Leipzig: B.G. Teubner, 1912.

—“El mito de Cristo y otros mitos solares de los mexicaneros (texto, traducción y comentarios)”. En *Fiestas, literatura y magia en el Nayarit, Ensayos sobre coras, huicholes y mexicaneros*. Seleccionados por Jesús Jáuregui y Johannes Neurath. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos de la Embajada de Francia en México-Instituto Nacional Indigenista, 1998 [1928], pp. 355-367.

SHELTON, Anthony. “Predicates of Aesthetic Judgment: Ontology and Value in Huichol Material Representations”. En *Anthropology, Art and Aesthetics*. Eds. Jeremy Coote y Anthony Shelton. Oxford: Claren-